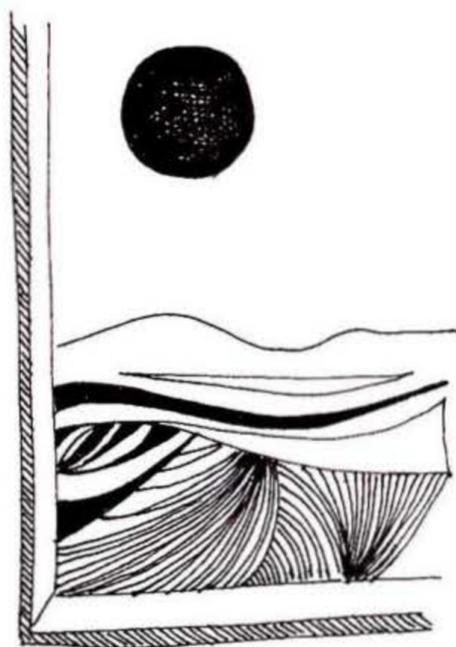


Y un hombre en su tiempo
[representa varios roles,
Siendo sus actos siete edades].

Y pasa a definir las edades del hombre, desde su infancia hasta su vejez. Es una descripción de personajes en la cual cada edad deja atrás la edad previa y no llega a entrar en contacto con la siguiente: la delimitación a ultranza de los actos del hombre es parte de la voluntad caricaturista del personaje. Pero queda algo en claro al final del monólogo: el hombre, en el curso de la vida, debe sufrir la prueba de distintos ritos, que son estrictamente *de pasaje* pero que es justo llamar *de iniciación*, como requisito para el acceso a la edad siguiente de la vida o a la vida misma. En Juan Carlos Botero nunca es tímida ni oscura la escogencia de un epígrafe. Estos cinco versos de Shakespeare, puerta de entrada al volumen de relatos que ha publicado, entregan al lector una de las claves —y no la única— de la lectura.



Son siete —evidentemente— los relatos que conforman el libro. Anoto, como virtudes generales, la felicidad de las descripciones, la precisión de las palabras, la sabia organización de la materia narrativa en cada relato. Uno de los supuestos de la poesía oriental es el hecho de que el logro mayor del arte es el arte de disimular el arte: al lograrlo Juan Carlos Botero, conduce la atención del lector hacia la potencia de la his-

toria, hacia la belleza de las imágenes. (En el ensayo que publica el final de *Las semillas del tiempo*, Botero recuerda que Hemingway esperaba dejar en la imaginación del lector un paisaje y no las palabras que lo describían). En efecto, la superficie del texto es extraordinariamente fluida, homogénea, pero basta escudriñar en los recursos narrativos para encontrar un autor con dominio del oficio y dueño de una variedad generosa de herramientas. El arte no está en puntuaciones caprichosas ni en hermetismos deliberados, sino en la novedosa utilización de los recursos esenciales de la narración. En *El descenso*, acaso el relato más logrado, un arma tan elemental como el paso del pretérito indefinido al tiempo presente crea uno de los efectos estéticos más duraderos e impresionantes que he leído últimamente; en *El encuentro*, relato que nace de un documento apócrifo, el lector tiene la ineludible sensación de estar leyendo, efectivamente, una traducción de un texto escrito en inglés; durante el clímax de *La fiesta*, la prosa adopta el ritmo frenético de lo narrado mediante el recurso sencillo de la enumeración; la estructura de *La conversación*, que comienza y termina con la misma imagen, evoca la monotonía, la circularidad de la relación de pareja que constituye su tema. Pero el lector ignora que a esas astucias responde su emoción; continúa apegado a la historia y a las imágenes, sin parpadear. Botero se confiesa fervoroso lector de Karen Blixen, la mujer a la que una tribu africana le pedía un relato oral en las tardes de descanso: también para él, en el momento de enfrentarse a la temible y traicionera atención del lector, a la posibilidad, siempre inminente, de que deje el libro a un lado, lo que cuenta es cautivarlo.

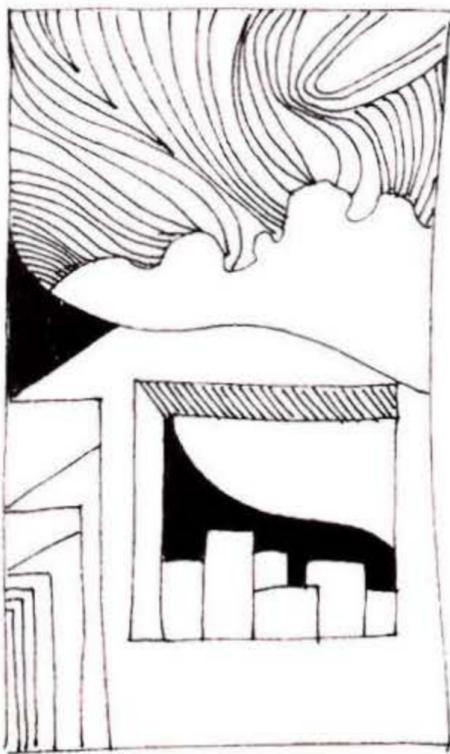
Vuelvo al epígrafe. Siete edades tiene el hombre: el hombre, en el libro de Botero, es Alejandro, el personaje que atraviesa cada página como un Proteo constante: es el mismo pero es otro. Es el personaje nominado de cinco de los siete relatos; lo intuimos además narrador de

El encuentro y protagonista de *La conversación*, aunque nunca se mencione su nombre. Es, en fin, el hombre de las siete edades. En cada relato debe enfrentarse a una iniciación, a un rito distinto, y, posiblemente, a una *revelación*. El sentido de esta palabra es importante: Botero ha capturado el momento en que sus personajes asumen (descubren, intuyen) una verdad esencial. En cada texto, el eje está dado por esa epifanía esencial: explícitamente en *Entonces*, donde una pareja de buzos reconoce lo efímero y lo vulnerable de la condición humana; sesgadamente en *La fiesta*, donde la revelación —que es también una metáfora y acaso una fábula— es la de la decadencia de un sistema social de valores. La epifanía había sido la inquietud principal en *Las semillas del tiempo*; ahora, el momento captado se enmarca dentro de una perspectiva más amplia, pero no pierde en nada su intensidad. *La venganza*, relato que cuenta con apenas tres páginas, se aproxima mucho a los postulados del epifano. Hay que decir también que es el menos logrado del volumen; es, incluso, un espacio negativo, donde el lector cae por completo en el vacío, víctima de un brutal cambio de ritmo en la calidad o la intensidad de lo narrado. Ignoro si su infortunio se debe a su extensión o a su propósito, que es uno de alegoría. Pero, aun si la alegoría se hubiese logrado, su objeto no tiene la nobleza de los demás temas que cruzan el libro.

La revelación —la epifanía— es, pues, el instante de lucidez al que apunta la historia, la iluminación breve y eterna que es el resultado de la iniciación. Y, de manera predominante, ésta se halla dentro de las fronteras de la aventura.

La aproximación a la aventura, ese género clásico, enmarcada en escenarios y tiempos presentes, es quizá la novedad más notoria de *Las ventanas y las voces*. Esto no es un elogio, sólo una constatación: la novedad de un texto no depende del talento del autor, sino de un dato estadístico, y la originalidad es el más sobrestimado de los sustantivos.

Lo elogiable está en otra parte: la voluntad de hacer posible una situación de aventura en los tiempos que corren es, de hecho, un riesgo, pues es notable la escasez de territorios propicios entre las actividades del hombre contemporáneo. Botero lo ha resuelto instalando al personaje en la aventura y no al contrario: es un hecho fortuito el que marca el comienzo de la revelación, pero un hecho que no existiría o que sería banal o que formaría parte de lo meramente cotidiano si no estuviera afectado por la acción positiva del personaje. En la aventura clásica, *al personaje le suceden cosas*; en la aventura de *Las ventanas y las voces*, lo que interesa no es lo que le sucede a Alejandro, sino lo que Alejandro *es y provoca*, siendo esto consecuencia necesaria de aquello.



Éstos son los elementos que constituyen el mecanismo de cada relato: la aventura como rito iniciático y el resultado ineludible de la epifanía. *El descenso* es el ejemplo más claro: nos previene el epígrafe de Malcolm Lowry: *I have sunk low. Let me sink lower still, that I may know the truth*. Alejandro, atormentado por el abandono de una mujer, por la memoria y por la imagen de esa mujer, sabe que su suerte sólo depende de sí mismo. "Nadie más sino él sería el responsable de hundirse hasta reventar, o, por el contrario,

de resurgir". De repente "se *encontró* bajando al mar" (el subrayado es mío), armado de su equipo de buceo, y sumergiéndose en medio de la noche. Abajo, intuirá el lector, se producirá la iluminación. ¿El agente revelador? Un breve instante de peligro, un *eterno* instante de peligro, al final del cual Alejandro será dueño de un nuevo aspecto de su naturaleza: de una de sus verdades esenciales. *That I may know the truth*: la aventura es el pasaje a la verdad.

El lado oscuro del rito es la violencia, presente en casi todos los relatos. Si la poderosa seducción de la aventura ocupa la escena de *El encuentro* y *Entonces*, la violencia —que había sido sugerida en otros relatos— impregna *Las ventanas y las voces*, el relato que cierra el volumen. La ciudad es paradigma de la violencia: Alejandro la recorre, y en el descubrimiento del mal encuentra una realidad íntima. No es nuevo, el tratamiento de la violencia urbana: Botero lo trató ampliamente en *Las semillas del tiempo*. El lector que haya recorrido esas páginas encontrará en *Las ventanas y las voces* imágenes, ecos, llamados, testimonio de la fascinación del autor por el hecho violento, por el mal arquetípico. (En este sentido, el autor no es muy distinto de su personaje). Cuatro de los epífanos de *Las semillas del tiempo* aparecen en *Las ventanas y las voces*. "Entonces Alejandro fue cambiando", es la sentencia lacónica que sigue a estas escenas. La relación entre el agente y la transformación nunca es tan patente; en otros relatos, ocurre un instante que se explaya en el tiempo pasado y futuro, que modifica el mundo; en éste, el proceso es rastreado con lupa. La consecuencia es la misma.

Un lector profuso de Hemingway, de Faulkner, de Vargas Llosa; un admirador de Woody Allen (una línea de Jodie Foster en *Shadows and fog* es plagiada con magnífica soberanía); un terco y cuidadoso constructor de tramas, meticuloso y puntual en el momento de redactar pero de imaginación apasionada: el lec-

tor de *Las ventanas y las voces* reconocerá acaso estas circunstancias. Bástele saber que el placer de una historia bien contada no será la menor de sus recompensas.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Entretenida

La modelo asesinada

Óscar Collazos

Seix Barral/Planeta Colombiana Editorial, Bogotá, 1999, 342 págs.

En toda historia policíaca que se respete hay dos personajes principales: el cadáver y el detective. Una famosa modelo y un fiscal retirado cumplen estos roles en la última novela de Óscar Collazos, cuyo ambiente adquiere forma en medio de una Bogotá inmersa en una violencia multiforme, y se sazona con los dineros calientes de la droga, el tráfico de armas y la corrupción política; sin que falte, por supuesto, el ingrediente erótico, que ha sido el mayor hallazgo de las novelas policíacas desde que Conan Doyle creara un héroe armado con lógica pura en lugar del espadachín romántico.

Veamos al héroe. Resulta interesante observar el hecho de que Raúl Blasco, el personaje que cumple este rol en la novela, sea un fiscal retirado, en lugar de un detective flaco, un policía musculoso o un sagaz investigador privado. Un fiscal como héroe trae consigo la noción de justicia imposible que tanto anhela la Colombia ultrajada impunemente. Más aún si tenemos en cuenta que se trata de un fiscal que ha sido condenado al retiro prematuro, por haber amenazado a las alturas corruptas del poder en un caso anterior. Sin embargo, Raúl Blasco no representa una visión de la justicia calculadora, fría e inmaculada, sino un ser humano que se dedica en su aburrimiento a espiar a sus vecinos con su cámara de video; además